

una prosa solemne, hosca, que ofrece el sentido con la parsimonia de una colonia de hormigas saliendo una a una del hormiguero. En este relato, James utiliza apabullantemente el claroscuro, los meandros, las refinadas distracciones, todas las argucias de un domador que retiene su prosa o la deja saltar libremente, según le convenga. Y es en este cuento en donde más duelen las insuficiencias de la traducción, porque todo él es pura sugerencia, ocultación, un laberinto de insinuaciones destinadas a derrumbar las defensas del lector. La robusta moral del guardián (un vigilante del lugar donde nació el gran hombre que nunca se nombra), sufre por dos veces la tentación de acogerse a una seguridad. La primera consiste en rebelarse contra la idiotéz turística organizada en torno al poeta (idiotéz elaborada por eruditos, profesores, patriotas y comerciantes); pero la segunda seguridad, más consistente, se alcanza con sólo exagerar el mito, el espectáculo, de tal modo que hasta el más sándio se percate de lo fraudulento de la operación. Consejo que Nietzsche se hartó de dar: no niegues, sigue hasta el fin, hasta donde no se atreven a llegar los profesionales de la fe. Y ponía como ejemplo a Orígenes, quien sacrificó aquella parte de su cuerpo que le escandalizaba, con gran escándalo de los Santos Padres. Podía haber puesto el ejemplo de Hitler, que racionalizó el capitalismo.

La abrumadora maestría de ambos cuentos no debe ocultar las diversiones escondidas en el relato que da título al volumen, una historia sórdida y terrible

Henry James.



en la maléfica Venecia; o el curioso juego masoquista de *La media edad*, en la línea de los cuentos sobre discípulos y maestros que luchan por el poder. Quizá *La vida privada* sea el menos congruente, a pesar de que también describe a un célebre escritor, pero es un relato más propio para una selección que jugara sobre el registro sobrenatural y fantasmal de James. Sin embargo, no deja

de aportar datos sobre la posición del americano respecto del trabajo creador, la absoluta imposibilidad de vida privada (en su jerga, "mujer") si se aspira a algo más que la monótona producción de los escribas. Una posición que comparte con Kafka y Kierkegaard.

Con todas las deficiencias subrayadas, este volumen es una de las más serias tentativas que se han hecho por editar algo

decente este año. Róbenlo, regálenlo, agótenlo, porque de ese modo quizá nos hagamos merecedores de otro volumen de relatos de James. ¡Hay 112! De las novelas no hablo; nadie me creería. ■ FELIX DE AZUA.

El rescate de los clásicos

Uno recuerda que cuando aquí comenzó lo del mal llama-

ADIOS A LAS LETRAS

Rico el que lo lea

Ciento cuarenta páginas de Georges Bataille pueden valer lo que cuesta una campaña electoral, si se le paga como se merece uno de los erógrafos más importantes del siglo. Una edición príncipe de Bataille debía costar, supongo, tanto como una edición príncipe de cualquier Constitución de las modernas. Sin embargo, el propio Bataille se horrorizaría al saber que en este país que despierta al erotismo público un libro suyo de 140 páginas y unas ilustraciones, encuadrado en rústica, vale 340 pesetas. Ashbee, el gentleman británico que, según todas las estimaciones, fue quien escribió *Mi vida secreta*, uno de los relatos eróticos más apasionantes de la era victoriana, se compadecería de los lectores españoles si llegara a sus oídos muertos que su eficaz e improbable aventura sexual está al alcance de los que puedan pagar de golpe mil pesetas por dos volúmenes, asimismo, rústicos. Sánchez Dragó, nuestra más reciente revelación mítico-histórica, podría viajar a Canarias, si fuera residente en las islas, con lo que cuesta su ensayo de investigación *Gargaris y Habidis*, editado por Hiperión en cuatro tomos forrados de papel acartonado. Miguel Delibes, el ilustre cazador a quien le escuché el otro día en televisión, diciendo que no era capaz de matar una mosca, sentiría temblar su pulso si tuviera que adquirir su *El disputado voto del señor Cayo*, en las famosas ediciones rústicas de Destino, por algo menos del medio millar de pesetas.

Luis María Ansón, el nuevo presidente de la vilipendiada y empobrecida Asociación de la Prensa de Madrid, ha declarado recientemente que los españoles no estamos educados ni para leer periódicos ni para leer libros. Los españoles no estamos educados para ser ricos, habría que decirle al señor Ansón, que si leerá periódicos y adquirirá libros. En cualquier tienda de Madrid puede un pobre lector español contemplar cómo un volumen encuadrado en rústica en un país europeo distinto a España cuesta menos que su contrapartida aquí. La desesperación es comprensible: un alto porcentaje de los lectores no tiene un



Luis María Ansón.

conocimiento suficiente de lenguas no españolas como para atreverse con esos textos.

Jaime Salinas, editor, dijo a un periodista, sobre el tema del encarecimiento de los libros españoles, que, en realidad, "los libros son regalados". El editor de un espléndido *Tristram Shandy* (mil pesetas de venta al público) asegura que el español puede gastarse dos mil pesetas (dos *Tristram Shandy*) en cenar y ni un duro en libros. Lo ideal sería poder comer y poder leer, ser rico para acometer ambas cosas y colmar las dos perentorias necesidades. Un dato no es justo en la apreciación de Salinas: comer, en Madrid, todavía cuesta sólo un *Tristram Shandy* o, en algunos casos, un Miguel Delibes, aunque sea en lugares francamente rústicos.

Sobre el libro pesa toda la represión del coste, igual que sobre los alimentos prohibitivos o sobre las entradas a la ópera y al teatro. Con respecto al libro, su carestía, que no se halla impedida por ninguna acción de la Administración española, supone una forma exquisita de censura. Se prohíbe leer de otro modo. A veces se prohíbe directamente. Se prohibió, por ejemplo, *Fanny Hill*, de John Cleland, y se inhabilitó a su editor. Al leer la traducción publicada por Akal pensé que, a lo mejor por primera vez en mucho tiempo, el Ministerio de Cultura actuó impelido por la sensibilidad. La traducción, que firma Frank Lane, es la mejor razón para condenar un libro al ostracismo. Claro que el Ministerio de Cultura no denunció la publicación con ese criterio, sino con el antiguo y señorial del pudor administrativo. ■ SILVESTRE CODAC.